

*H*UMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO
DE
ESTUDIOS HUMANISTICOS

27



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
2000

EL DIÁLOGO FILOSÓFICO INTER-CULTURAL EN UN MUNDO GLOBALIZADO

Profr. Dr. Phil. Dr. Jur. Agustín Basave Fernández del Valle
Presidente de la Sociedad Mexicana de Filosofía.
Director del Centro de Estudios Humanísticos.
Universidad Autónoma de Nuevo León.

El hombre es un ser constitutivamente dialógico. Y es dialógico porque tiene una dimensión comunicativa. Comunicación es el proceso personal de actos intencionalmente dirigidos por medio de signos, a una o varias personas, para que asimilen el concepto o el conjunto de conceptos idóneos para modificar o reforzar comportamientos. Las ideas personales son privativas de cada quien; lo único que cabe es suscitar ideas similares. Mientras que en las transfusiones de sangre se recibe realmente la sangre del otro, en la comunicación de ideas sólo se reciben signos o símbolos convencionales, pero no las ideas vivenciadas por el otro. El símbolo sólo es vehículo de una realidad que se quiere transmitir en el mensaje. Y el mensaje esta referido al receptor que tendrá que descodificarlo. Trátase de inducirle a una vivencia suya aunque similar a la del emisor. La buena comunicación produce actitudes vitales concordes entre emisores y receptores. En la medida en que no exista similitud entre las ideas del emisor y las ideas del receptor, cabe hablar de "descomunicación". No es lo mismo una mala comunicación donde existe al fin y al cabo una rudimentaria aunque deficiente comunicación, que una descomunicación en donde se da una ausencia total de comunicación. Cuando las ideas son totalmente disímbolas en la mente del receptor, respecto al emisor, es que ha habido una falta de comunicación. Y la descomunicación es un fracaso causado por una mala técnica de comunicación. El emisor quería que se le entendiese en determinada forma y se le entendió en una forma totalmente diversa. De ahí la importancia de preguntarse: ¿Cómo me va a interpretar el que me va a interpretar?, ¿cuáles son sus parámetros?, ¿qué se va a suscitar en su proceso cognoscitivo si yo emito tal o cual mensaje?. Todas estas interrogantes corresponden a un serio y profundo estudio del receptor o de los receptores.

El hombre es un animal comunicante -con buenos o malos resultados- porque tiene una dimensión comunicativa. La existencia de un lenguaje oral, gráfico, y mímico testimonia esa dimensión comunicativa. Nos comunicamos con los otros por imperativos de nuestro desamparo ontológico o insuficiencia radical. Pero, aunque no existiese ese desamparo

ontológico o insuficiencia radical -hipótesis de trabajo-, nuestro afán de plenitud subsistencial, de comunicación con los otros, nos evidenciaría esa dimensión comunicativa tan íntimamente humana. Razón, volición y emoción -elementos del acto espiritual, sintético y acentuado en alguna de sus vertientes- son elementos entrañados en la comunicación virtual o actual. Porque no existe un animal racional, o animal espiritual, o espíritu encarnado que carezca de función comunicante como fruto de su dimensión comunicativa.

La dimensión comunicativa del hombre es radical apertura a los otros. No se trata, tan sólo, de una apertura pasiva, sino de una vocación comunicante, que en algunas personas, puede profesionalizarse. La comunicación humana interpersonal, la comunicación social y la comunicación a través de los medios masivos -la menos humana de las comunicaciones- son tres formas que adopta la dimensión comunicativa del hombre. Puede abordarse la comunicación desde diversas disciplinas científicas pero, sin olvidar, que el fenómeno comunicativo proviene de la dimensión comunicativa. La lingüística, la filosofía, la sociología y la psicología acometen, desde diversos objetos formales, el mismo fenómeno de la comunicación. Cabe, también, un estudio interdisciplinar de la comunicación humana que aborda múltiples relaciones y estructuras de comunicación. El fenómeno comunicativo no sólo incluye contenidos intelectuales, sino también contenidos operativos, actitudinales, valorativos... En la vida personal, en la vida grupal, en la vida institucional, en la vida social y en la vida internacional, la comunicación ejerce una enorme influencia. Pocos investigadores examinan la comunicación en toda su riqueza metodológica. Podemos hablar de un déficit metodológico. La comunicación humana se da desde la sociedad y en la socialidad, porque el hombre no es una mónada aislada, porque se realiza existiendo individual y comunitariamente. La comunicabilidad es inescindible de la sociabilidad. Pero la comunicabilidad es vida dinámica y relacional de persona a persona y de persona al todo social e internacional. Aunque como individuos estemos vinculados a los demás, es lo cierto que también somos independientes de ellos. Los símbolos y los mitos -parte del lenguaje- tienden el puente en el vacío entre los próximos que a veces parecen muy lejanos. Se trata de conseguir un nuevo enlace mutuo.

Desde la mismidad del ser humano, la libertad de una persona que se sabe sujeto se comunica en situación y en circunstancia, sin sentir ningún desgarramiento ni suponer ningún fracaso; se comunica por afán de plenitud subsistencial, por apremios de su ser dialógico que anhela no una simple apropiación esencial de los objetos sino una destinación existencial de los conocimientos y de los efectos. Aunque transida de temporalidad, la comunicación existencial busca otra existencia en diálogo. En esta búsqueda

aparentemente hay una fuga de la de la mismidad íntima, una anulación de la intimidad recóndita pero en el fondo es todo lo contrario, se trata de una afirmación rotunda de la mismidad personal que sólo surge frente al otro y los otros. No es lo mismo dirigirse a un individuo, a un sujeto libre concreto, que dirigirse a la sociedad, a la colectividad. No estamos inmersos en la conciencia común, sino aclimatados en un mundo social en donde encontramos cosas con las que coexistimos y personas con las que convivimos. No hay comunicación sin mundo. La inteligencia se comunica con la inteligencia en un mundo que no carece de situaciones y de circunstancias. Un mundo espacio-temporal y objetivo que nos permite comunicarnos y relacionarnos. Mundo de cosas, de bienes, de valores, de comportamientos prácticos. Mundo en que la razón de cada hombre se comunica cognoscitivamente, tratando a los otros como cosas o reconociéndolos como personas. En el primer supuesto se establecen relaciones de dominación. El emisor se esfuerza por convertir al receptor en instrumento. Le anula el interés propio. En la comunicación existencial, que es siempre interpersonal, no se busca una racionalidad universal sino a hombres concretos con mundos concretos. Si somos esencial libertad y radical trascendencia podemos dirigirnos por comunicaciones sociales o por comunicaciones interpersonales o intersubjetivas. Los *ámbitos-del-yo-tú* se convierten, por la comunicación, en *ámbito-del-nosotros*. El hombre que se va haciendo incesantemente dentro de su estructura vocacional, se convierte en "gestor sui", en un mundo lleno de posibilidades: "*el regnum hominis*", en donde los hombres se comunican social e interpersonalmente. Porque vivir es comunicarse, porque no se puede vivir sin hacerse, superándose, comunicándose. Si el hombre es "*mit-sein*", un *ser-con-otro*, está comunicándose desde que tiene uso de razón hasta que muere. La aventura de ser es, a la vez, la aventura de comunicarse con otros, de existir en común por la comunicación. Las formas de preocupación y atención al próximo, en la solicitud, no podrían darse sin la comunicación. *Ser-en-la-habencia*. Y si somos "seres relativamente a otros", la comunicación está en la base de la relación, del vínculo. El otro es un "alter ego" que puede ser mi compañero, mi amigo o mi enemigo, pero jamás una cosa. Uso las cosas y me comunico con los hombres.

El abismo entre un yo y un tú se supera con el amor. El otro me llama solicitado por mi existencia. Esta vinculación por el amor no tiene por qué ser llamada -como lo hace Jaspers- "combate amoroso". Yo diría que no hay combate amoroso sino colaboración, vinculación, unión amorosa. La trascendencia en la inmanencia -indiscutible en el amor- se da en la comunicación intersubjetiva. Viviendo en la instancia de la subjetividad creadora, tan alejada de la "masa", surge la transformación valoral por obra del amor en toda la extensa gama de sus clases: Amor pasional de hombre a mujer, amor de amistad, amor paternal, amor maternal, amor fraternal, amor

al prójimo. Hay entre estos amores, uno que viene de lo alto hacia nosotros y que nos ha amado primero, porque fuimos escogidos por El desde la eternidad. Nuestra vida, en este sentido, se presenta como una dádiva de amor que nos compromete a vivir amorosamente. No se trata de obligación sino de compromiso. Compromiso con ese Supremo Amor, que es el absoluto, y en el cual reside la plenitud de toda perfección posible. Cuando el hombre no quiere aceptar ese Absoluto, único capaz de ser el patrón de nuestras limitadas perfecciones, es que sus propios y mezquinos intereses le han cegado para su dimensión teotrópica. Convivencia más impulsiva, instintiva, que reflexiva. El diálogo intersubjetivo entre el yo y el tú se da ante el tú eterno del cual somos reflejos en nuestro amor. Nuestra relación total como hombres con la totalidad de los demás no se comprende sin el tú trascendente en el mundo. El hombre sólo se libra de su *ego-ismo*, en el sentido del *yo-ello*, rastreando la sombra del *tú trascendente* en el universo y en la imagen en el propio yo. Tales de Mileto observaba que conocerse el hombre a sí mismo es lo más difícil que existe. Sócrates insistió, una y otra vez, en aquel imperativo digno de estamparse en el pórtico del templo de Delfos: "Conócete a tí mismo". Pero, ¿cómo conocernos a nosotros mismos en nuestra individualidad si no es examinando nuestra personalidad en su dimensión comunicativa?. Porque hombre que no se comunica no es hombre. Y hombre que no ve en los otros el vestigio e imagen del tú trascendente, padece miopía intelectual cuando no ceguera. Porque no cabe pensar un ser fundamentado sin el Ser fundamentante. El hombre no puede ser reducido a un haz de elementos bioquímicos, concebidos tan extrañamente que producen algo más perfecto -el espíritu- que sus mismos componentes. La intercomunicación de persona a persona se da entre espíritus encarnados y es inconcebible dentro de un monismo materialista. La apertura del yo dirigida hacia todas las creaturas, se da dentro de un orden cósmico con sus múltiples grados de perfección y fundamentada en la *apertura-religación* del yo al tú trascendente. Cuando la comunicación social, egoísta, hace de *los otros* objetos de uso y explotación, la sociedad se convierte en una lucha del hombre contra el hombre, en un campo de odios, de injusticias y de crímenes. Cuando la comunicación es interpersonal se forja una sociedad auténticamente humana, siempre que el yo rudimentario -que todo lo calibra por el interés- sea sobrepasado. Entonces, y solo entonces, la ley de la recta razón y de la auténtica libertad normarán la convivencia social. Amando, haremos lo que queramos. Amando y comunicándonos sentiremos la responsabilidad comunitaria.

Una vez esclarecido el aspecto dialógico del hombre, réstanos por esclarecer el significado y el sentido del diálogo inter-cultural. Apenas empieza, desde hace menos de una década, a tratarse de constituir una filosofía inter-cultural. Se trata de una manera de forjar y de practicar la filosofía que brota de un diálogo imprevisible, que surge desde los

dialogantes de diversas etnias filosóficas que van historizando sus potencialidades hasta llegar a un punto de afinidades, de convergencias comunes. Todo ello sin pretensiones de dominio ni de colonización por parte de un grupo cultural sobre otra diversa tradición en materia de cultura. Se trata de un proceso continuo, siempre abierto, en el cual se aprende a compartir las experiencias filosóficas de todos los pueblos de la tierra. Con cierto optimismo, Raúl Fonet Betancourt nos habla de "un proceso eminentemente polifónico donde se consigue la sintonía y armonía de las diversas voces por el continuo contraste con el otro y el continuo aprender de sus opiniones y experiencias"¹. Esta Filosofía intercultural se realiza en actitud hermenéutica, partiendo de la finitud humana -a nivel individual y a nivel cultural- renunciando a la absolutización de cualquier cultura para arribar a un intercambio y a un contraste que se convierte en hábito. Cabe preguntar, si la verdad depende del simple intercambio y contrastación, ¿cuál es el criterio de certeza?. Hasta ahora no han elucidado los partidarios de la filosofía intercultural el problema de la verdad. Estamos de acuerdo en lo beneficiosa que resulta la renuncia a toda postura hermenéutica reduccionista que opera con un único modelo teórico-conceptual paradigmático. Se busca descentrar la reflexión filosófica de todo posible centro prepotente o predominante. Lo que cuenta es la intercomunicación, la interconexión que nos lleva a una supuesta y nueva "*figura de una razón interdiscursiva*". Se quiere -y en este punto con razón- que no se sacrifique la cultura propia, que se supere el etnocentrismo, aunque se parta de la propia tradición cultural. La propia tradición cultural sólo sirve como *tránsito y puente* para la intercomunicación. Abrir un tanto el espacio compartido e interdiscursivo no es garantizar la comprensión cabal de la cuestión de la *identidad* de una filosofía, ni de la identidad cultural de una comunidad humana determinada, sino tan solo hacer posible esa comprensión. En todo caso, cabe hablar de cierto enriquecimiento continuo posibilitado por la dinámica de una transculturación constante. El transporte de una tradición a otra y de esa otra -u otras- a nuestra tradición es apenas convertirnos en agentes-pacientes, de procesos de universalización que no garantizan, tampoco, la verdad porque la verdad no depende del número de quienes la profesan. Porque la tontería, la estulticia, también pueden universalizarse.

La filosofía intercultural pretende buscar la universalidad desligada de la figura de la unidad, que resulta fácilmente manipulable por culturas dominantes. ¿Hemos llegado alguna vez a la verdadera universalidad?. ¿Puede la filosofía intercultural llegar a la verdadera universalidad?. ¿Y esa supuesta universalidad, nos haría abrazarnos a la verdad o coleccionar el máximo número de experiencias posibles?. Ciertamente es deseable una universalidad que incremente la solidaridad entre todos los centros culturales que componen nuestro mundo. El enriquecimiento es patente. Pero este enriquecimiento no entraña, por sí mismo, un criterio de vivencia y una

reflexión filosófica personal que nos conduzca a la anhelada verdad que resulte evidente. Porque la evidencia es el supremo criterio de certeza.

El diálogo intercultural en filosofía puede libramos de una estrecha filosofía monocultural para conducirnos a una visión intercultural. Me simpatiza el sello de la apertura que ofrece la filosofía intercultural, pero no creo en abstracciones superculturales. Hoy en día se piensa "que no hay ni puede haber diálogo ahí donde reina todavía el monólogo de una filosofía que escucha su propio eco, es decir, donde filosofía se confunde todavía con la imperial expansión de un *logos* sofocante de otras formas de racionalidad. Posibilidad fundante del diálogo es entonces, para decirlo positivamente, -apunta Raúl Fonet Betancourt-, el despunte de la polifonía del *logos* filosófico; la multiplicidad de las voces de la razón, como ha dicho Habermas"². Me parece que la multiplicidad de las voces de la razón, que tanto valoriza Habermas, es tan sólo un *medio* para que nuestra razón se ponga a filosofar en una soledad, poblada de compañías, y con una meditación propia, personal. Menos aún podría aceptar que "esas voces no están ordenadas a priori por una unidad metafísica, sino que son más bien voces históricas, expresiones contingentes que se articulan como tales desde el trasfondo irreductible de distintos mundos de vida". Advierto, en este *historicismo flotante*, el peligro de un caos de opiniones que se suceden en el transcurso de la historia. Aunque estén cargadas de "contexto y de cultura", esas voces históricas caóticas sólo pueden conducir, a lo más, a una comprensión del mundo y de la historia, pero no a una filosofía rigurosa, abierta a las otras filosofías, pero no relativista ni escéptica. Una cosa es el derecho a *ver* las cosas desde su contexto y cultura, y otra cosa muy diferente es absolutizar el perspectivismo. Está muy bien buscar una "*comunicación no dominante*". Pero estaría muy mal hacer depender la verdad de esa base histórico-práctica. Hablar en el diálogo intercultural filosófico no sólo sobre sino con y desde una correspondiente diferencia histórica no es de por sí forjar una filosofía con verdades de validez universal. Liberar la filosofía para la polifonía cultural es un avance para la relación entre la filosofía europea y la filosofía latinoamericana. La recíproca comunicación, con el despliegue de la propia voz de quienes se comunican forjará un diálogo más libre, sin pretendidos imperialismos unilaterales que siguen aquel veredicto de Hegel "Was bis jetzt sich hier ereignet, ist nur der Widerhall der Alten Welt und der Ausdruck fremder Lebendigkeit. . ."³. Un verdadero diálogo intercultural abierto y paritario no tiene por qué despertar sospechas de *inculturación* hegemónica. Los *filosofemas latinoamericanos* son tan legítimos, en cuanto filosofemas, como lo pueden ser los *filosofemas europeos*. En vez de una inculturación unilateral, el auténtico diálogo intercultural puede conducirnos a una intertransculturación abierta, alternativa. La propia teoría del entender que tiene cada cultura, tiene que ser revisada en ese auténtico diálogo

intercultural. Desafío hermenéutico que no tiene por qué constituir una relativización postmoderna, sino de una nueva reubicación de las culturas. Las posibles unilateralidades pueden ser removidas en nuestros modelos filosóficos. Pero vale la pena que los contenidos universalizables no sean minados por sugerencias de un relativismo disolvente. Transformar la razón para enriquecerla y liberarla no puede significar abdicar de la razón. Aunque nuestro modo propio de pensar no puede imponerse como lugar del encuentro con el otro, cabe esperar que el encuentro con el otro nos resulte una interpelación para repensar nuestra postura filosófica. La alteridad que nos sale al encuentro en forma de vida o cultura nos ofrece un nuevo horizonte de comprensión, por encima de falsas certezas y de precarias seguridades de nuestros filosofemas.

¿Qué representa para la filosofía el diálogo intercultural?. Pienso que un genuino diálogo intercultural representa un nuevo acceso hacia nuestra propia filosofía. Quiero decir que la llamada *filosofía intercultural* no es más que un medio y nunca un fin. Prefiero hablar de *diálogo intercultural* como valioso auxiliar en la forja de nuestra propia y personal filosofía, que de una *filosofía intercultural*. El diálogo intercultural conduce, puede conducir, a la solidaridad humana, a la comprensión del otro desde su aspecto exterior hasta su alteridad. Me opongo a un concepto de *una totalización dialéctica*. Se apunta "la necesidad de pasar de un modelo mental que opera con la categoría de la totalidad, y que fija y cierra la verdad en ella a un modelo que se despide de esa categoría y que prefiere trabajar con la idea de la totalización dialéctica, para expresar con ese cambio categorial justo su cambio de actitud frente a la verdad: Para este modelo la *verdad* no es condición ni situación, sino proceso"⁴. Yo puedo poner en juego mi verdad y hasta someterla a la dialéctica de la contrastación que se crea necesariamente por el carácter interdiscursivo del diálogo intercultural, pero esto no significa que la verdad sea un proceso. *La dialéctica no da la verdad*. Busquemos los mutuos enriquecimientos, la pluriversión de la realidad, sin relativismos de ninguna especie. Una cosa es pensar la substancial conexión de la realidad pluriversa y otra cosa muy diferente sería deshacer esa pluriversión de la realidad en aislamientos relativistas. Conuerdo con Fonet Betancourt en la idea zubiriana de la "respectividad" como un modelo de intelegir superador del relativismo. Comprender y apreciar al otro desde su ordenamiento y relación histórica con el mundo y la verdad, será siempre sano. La interpelación del otro es una invitación a un proceso de diálogo intercultural siempre fecundante. La interdisciplinaria constituye una buena oportunidad metodológica y epistemológica para el diálogo intercultural en un *mundo global* que quisiéramos ver convertido en un concierto inconcluso y siempre abierto. Abrirnos a otras fuentes, a otras referencias, a otras tradiciones, puede ser ocasión propicia para rehacer y universalizar más nuestra tradición histórica. La perspectiva ecuménica de

la llamada *aldea global* busca constantemente una nueva e inédita universalidad de superior calidad. Pero esta perspectiva no puede significar "la liquidación de la filosofía como una forma de saber sistemático y universal". Pensar sistemáticamente con anhelo de validez universal es propio de todo auténtico filosofar aunque se trate de un saber finito y falible hecho desde una circunstancia histórica y geográfica; ese saber, -si es filosófico- presentará siempre las notas de sistema y de universalidad. No importa si ese saber sistemático y universal acaece en América, en África, en Asia, en Europa o en Oceanía. Una filosofía no es universal porque se autoproclame como modelo hegemónico, sino por caracteres intrínsecos de su validez. Todos los lenguajes que se hablan en un *mundo global* pueden ser recogidos en tejido de saberes y experiencias cualitativamente superior al tejido etnocentrista, monofánico y unidimensional.

Vivimos en un mundo quebrado lleno de compartimentos o estancos, donde ya no impera una dichosa unanimidad como aquella lograda en el Medioevo, cuando aún no se hablaba de Europa sino de la Cristiandad. Hoy en día, la disyuntiva política más importante se plantea en estos términos: Pluralismo democrático o transpersonalismo totalitario en cualesquiera de sus formas (fascismo, nacional-socialismo, comunismo). Pluralismo equivale a civilización que permite subsistir a los sectores sociológicos disidentes. Totalismo político equivale a barbarie. Barbarie de una intolerancia fanática que destroza personas humanas. La tolerancia -entendida rectamente- se ejerce hacia la persona y nunca hacia el error o los errores. La tolerancia proviene de la igualdad esencial de naturaleza, de origen, y de destino -sin mengua de las desigualdades accidentales- y está fundamentada en el amor de caridad. Confucio lo dijo en forma negativa: "No hagas al otro lo que no quieras que te hagan a tí". El Nuevo Testamento nos lo dice en forma positiva: "Trata al otro como quisieras que te trataran a tí". Esta regla de oro de la convivencia humana, la podemos extender a los estados y al diálogo de las etnias. Cuando se enfrentan cosmovisiones o sistemas últimos de pensamiento y vida, que resultan inconciliables, sólo cabe el método de la persuasión. Al fin y al cabo la verdad se impone sola y no necesita de imposiciones. El pluralismo no trata de llegar a una síntesis, a un sincretismo de sistemas irreconciliables, pero permite la convivencia pacífica y favorece la paz activa. La pretensión de ultimidad en materia filosófica, teológica o religiosa, no permite el supersistema sincrético pluralista. "No podemos superar una situación pluralista -advierde con razón Raymundo Panikkar- sin quebrantar el principio de no contradicción y sin negar nuestro propio conjunto de códigos: Intelectuales, morales, estéticos y demás"⁵. El estudio interdisciplinar no está en el mismo estadio que el estudio intercultural. Las actitudes humanas fundamentales en la base misma de las distintas tradiciones de los diversos pueblos de la tierra son mutuamente irreconciliables. La historia de la humanidad está plagada de

guerras. Para evitar una catástrofe bélica que destruya la humanidad o parte de ella sólo cabe, a mi juicio, la tolerancia bien entendida. Una tolerancia bien entendida hacia las personas -que nacen, sufren y mueren como yo-, no hacia las doctrinas que pueden ser falsas o verdaderas. No creo en "el pluralismo de la verdad", porque la verdad no puede confundirse con la perspectiva. El perspectivismo es, a la postre, relativismo. Y "el relativismo se destruye a sí mismo cuando afirma que todo es relativo y, por lo tanto, también lo es la afirmación misma del relativismo"⁶. Ciertamente no podemos proclamarnos poseedores de la verdad absoluta, pero eso no significa que la verdad misma sea pluralista. Cada persona y cada cultura es una fuente de entendimiento, de autocomprensión. Del hecho de no poder imponer mis parámetros y mis categorías de entendimiento a otros, no cabe concluir que la verdad es plural. Una cosa son las convicciones generales, y otra cosa muy diversa es la verdad en su sentido ontológico y en su sentido lógico. Comprender la lógica interna de una persona no significa prestar nuestra anuencia a esa lógica interna que puede ser errónea. Está bien que cada cultura posea una visión propia de la realidad y un cierto mito como horizonte de cosas y sucesos; pero una cosa es la explicación y otra cosa es la justificación. No todas las visiones de la realidad son igualmente ciertas. Me parece muy sano la toma de conciencia de nuestras limitaciones, pero las diversas limitaciones o finitudes humanas no impiden la existencia de la conciencia suprema. No hay muchas verdades, pero la verdad no puede ser abstraída de su relación con un espíritu encarnado, inserto en la situación y en la circunstancia. ¿Porqué ha de ser una verdad universal tan sólo una extrapolación de nuestra mente?. Hay criterios unánimemente aceptados que no dependen de mi mente ni de las otras mentes. Las verdades lógicas y las verdades matemáticas no son verdades relativamente universales, sino verdades universales sin más. Estas verdades no son tales porque un grupo particular humano así las ve, sino todo lo contrario, así las ve porque son verdades universales. No puedo concordar con mi colega y amigo Raymundo Panikkar cuando afirma: "Cualquier teoría universal, del tipo que sea, niega al pluralismo. Cualquier pretendida teoría universal, es una teoría particular, que junto con otras pretende tener validez universal, traspasando los límites de su propia legitimidad, más aún, ninguna teoría puede ser absolutamente universal, porque por el hecho mismo de la teoría, la contemplación de la verdad no es una contemplación universal, como tampoco es una verdad teórica todo lo que hay en la realidad"⁷. Una teoría universal, de acuerdo con mi tesis, no niega al pluralismo. El hecho de que alguien esgrima una teoría no significa que esa teoría quede circunscrita a una subjetividad particular. El hecho de que la contemplación de la verdad sea realizada por una persona, no quiere decir que esa teoría sea forzosamente subjetiva. La contemplación de la verdad no es atributo de ninguna subjetividad particular. Aunque la teoría brote de una praxis, la

calificación de verdadera o falsa no la da la praxis sino la evidencia como último criterio de certeza.

Superar doctrinas exclusivistas y abrir vías de comunicación entre culturas compartimentalizadas, a veces congeladas, me parece algo muy importante. Sin abandonar cualquier postura crítica, podemos y debemos buscar la certeza, aunque se nos diga que tenemos "obsesión por la certeza". Porque amo la verdad y la certeza, nunca me resignaré a explicaciones provincianas, partidistas, facciosas, banderizas. Estas visiones causan rivalidad y guerras. La mutua comprensión y cooperación entre las tradiciones religiosas no puede significar el abandono de la verdad en la religión y de la verdadera religión. Si todas las religiones fuesen verdaderas no habría ninguna religión verdadera. Abrirnos a los demás no significa aceptar siempre los sin sentidos que nos propongan, los errores patentes que nos propongan. Creo en la experiencia humana en su conjunto, pero no creo en la verdad como fruto de transacciones y de componendas. El método cartesiano de la duda permanente no tiene fin. Hay certidumbres vitales directas -la existencia es una de ellas- que no admiten una duda sensata. La primera certidumbre no es *pienso, sino existo*. Yo invierto el entinema de Renato Descartes y digo: *Existo, y luego pienso, quiero, proyecto, siento*. . . Vemos el todo a través de la parte -*totum per partem*- pero esta visión limitada no es, no tiene que ser, una visión puramente subjetiva. Quiere decir, simplemente, que vemos el *todo*, pero no *totalmente*. El mundo y la vida humana no son simplemente -como creen algunos autores- objeto de un panorama visual visto a través del color, de la forma y del cristal de una ventana particular. Si así fuese, no cabría hacer ciencia ni rigurosa filosofía. Todo quedaría reducido a ventanas, a perspectivas del significado de la vida humana y del universo. Los científicos, conscientes del todo, no ven sus respectivos sectores de la realidad desde ángulos simplemente visuales. La validez universal de las proposiciones lógicas y de las proposiciones matemáticas no son cuestiones de simples perspectivas. En la vasta zona de lo opinable -de la doxa, como dirían los griegos- puede haber discordancias. Ahí, en esa zona -y no en la zona de la *episteme*- es donde buscamos una cierta *concordancia en medio de la discordancia*. Concordancia en las reglas para un verdadero diálogo; discordancia en las doctrinas. Podemos sintonizar nuestros corazones sin mengua de las divergencias en las convicciones filosóficas y religiosas. Esta feliz armonía invisible, sólo captable por simpatía, constituye la única vía para llegar a una *socio-síntesis pacífica y amorosa*.

Para incrementar nuestra información en este mundo global en que vivimos, se nos abren muchísimos caminos. Tenemos acceso a libros sin fin, a máquinas, a archivos, a eruditos que nos asombran con su memoria. Oriente y Occidente se encuentran, se conocen mejor y se fecundan

mutuamente por medio de avanzadas tecnologías. Marshall McLuhan, en su celebre obra "*La Comprensión de los Medios como las Extensiones del Hombre*", nos advierte lúcidamente:

*Los hombres pasan a ser, súbitamente, nómadas colectores de saber, tan nómadas como jamás lo fueron anteriormente; libres como en ninguna ocasión anterior de la especialización fragmentada, pero implicados también en el proceso social total como nunca antes lo estuvieron, puesto que con la electricidad prolongamos globalmente nuestro sistema nervioso central, estableciendo instantáneamente una interrelación de todas las experiencias humanas. Acostumbrados desde largo tiempo a un estado de relaciones al estilo bolsa de valores o de sensaciones de primera página, podemos captar más fácil y prestamente el significado de esta nueva dimensión cuando se nos señala que en las computadoras es posible hacer "volar" aeroplanos que todavía no se han construido. Se pueden programar las especificaciones de un avión y se puede poner éste a prueba bajo cierta variedad de condiciones extremas antes incluso de que haya salido del tablero de dibujo. Lo mismo ocurre con productos y organizaciones nuevos de muchas especies. Ahora, con la computadora, podemos habérmolas con complejas necesidades sociales, con la misma certidumbre arquitectónica que anteriormente procurábamos conseguir para nuestra vivienda privada"*⁸

Podrá ser cierto que la gama de elecciones en proyectos, énfasis y metas dentro del campo total de los procesos recíprocos electromagnéticos, es mucho mayor que la que jamás pudo haber sido bajo la mecanización; pero este progreso tecnológico no ha traído aparejado, de por sí, un progreso en la resolución de los últimos y más significativos problemas humanos: La vida, el amor, el sufrimiento y la muerte. McLuhan sostiene que la propaganda termina cuando el diálogo comienza. Hay un *slogan* humorístico que Marshall McLuhan ha acuñado para convertir en algo tangible el lavado de cerebro que los televidentes, los radioescuchas y los lectores de periódicos reciben todos los días. El primitivo *slogan* *The Medium is the Message* (El Medio es el Mensaje) se ha convertido en este otro nuevo *slogan*: *The Medium is the Massage* (El Medio es el Masaje). Los medios masivos de comunicación, con su diario "masaje", manipulan a sus receptores. Ya el genio alemán J.W. Goethe nos hablaba de la *Zeitungsfeiber* -*fiebre periodística*- que nos aliena en cierta manera. El diálogo global debe ser reconstruido. Pero no nos hagamos muchas ilusiones con la revolución de los medios masivos de comunicación. Internet puede proporcionarnos un acceso a mayor cantidad de personas, una acrecentada información y una rapidez sorprendente, pero Internet no va a resolver la crisis contemporánea, aunque incluya todos los catálogos directos de las bibliotecas, de los centros académicos y de investigación de tantas bibliotecas en el mundo. Se puede

“hablar” interactivamente por Internet durante horas casi todas las noches, pero también se pueden insertar pornografías de todos tipos, mensajes de gentes perversas, incitaciones al mal. Los propagandistas de Internet suelen decirnos que “Internet es un lugar amistoso”. Yo diría que Internet puede ser un lugar amistoso o un campo de batalla. No desconozco ese posible intercambio democrático de información, que elimina barreras, en la comunicación en línea. Pero ¿cómo es posible hacer juicios sobre la persona con quien se habla en base a la mera apariencia?. Los hombres se convierten en gentes, y las gentes se convierten en lo que quieren ser o simulan ser. La comunicación puede realizarse en forma *asincrónica* -se escribe un mensaje para un receptor que no se encuentra en ese momento frente a su televisor- o en *tiempo real* (el receptor está viendo en su pantalla lo que escribe el emisor). El correo electrónico se puede realizar en una microcomputadora o en cualquier computadora que esté disponible. Pero yo me pregunto: ¿Qué significado tiene para el genuino filosofar y qué importancia reviste para la filosofía esa red de redes de computación?. Ciertamente Internet llega a millones de usuarios en todo el mundo. Seguramente se abre una nueva puerta a la información actualizada. No podemos negar la importancia que tiene para el filósofo el estar a la altura de su tiempo; pero con pura información -por más reciente que sea- no se hace filosofía. Si ya vivimos a escala mundial, en esta aldea global, Internet es un medio muy importante, de primera línea, en la globalización del mundo. Pero la globalización del mundo, con toda la inmensa información actual que nos proporciona, no suple ni suplirá nunca el filosofar personal, comprometido, originario, metódico, fundamental y teleológico. *El filósofo debe tener un acervo decoroso de información para estar a la altura de su tiempo, pero la erudición excesiva mata la veta creadora.* Se puede navegar horas y horas por Internet sin haber tenido un solo momento de auténtico filosofar. He dicho que la filosofía se hace en la meditación y en la soledad; pero también en el diálogo.

El *diálogo-oposición*, mera yuxtaposición de monólogos, es un “diálogo de sordos” un diálogo infecundo. El *diálogo-colaboración*, en cambio, es un diálogo verdadero, abierto, receptivo, fecundo. Dos o más personas -como en los diálogos platónicos- buscan juntos la verdad. Pero la buscan no simplemente por trivial juego o ejercicio mental, sino por imperativos de saber último, sapiencial. Su método de aprender de los otros, de fecundarse mutuamente, no impide que defendamos la verdad. Nos abrimos desde nuestro punto de vista no para vencer al otro, en brillante polémica, sino para buscar juntos desde nuestras diferentes posiciones, la verdad. Este diálogo filosófico no puede ser un diálogo multitudinario, sino interpersonal. Los estudios mutuos pueden cambiar la opinión de los participantes. Los diálogos interpersonales hacen variar, con frecuencia, la interpretación del otro. Yo diría que el *diálogo-colaboración* es un *locus veritatis*, un lugar de

la verdad, una fuente de comprensión humana, un origen de una nueva teoría. El proceso del mutuo aprendizaje no tiene fin, concluye con la vida.

En el *diálogo-colaboración* los dialogantes no usan trucos, estratagemas, desafíos. Ofrecen su inteligencia y muestran su confianza básica. No importa que no aprobemos lo que los otros piensen o hagan, ante la esperanza de encontrar juntos la verdad. Porque tenemos una dimensión ecuménica que nos lleva a desarrollar, en lo comunitario y universal, nuestro estado de proyecto social ecuménico del *ser-todos-juntos-en-el-mundo*. Y en este *ser-todos-juntos-en-el-mundo*, cada cual realiza su vocación singular, única, incanjeable, insustituible. Algunos, que hemos sido llamados por la filosofía, sentimos el imperativo de llegar a un conocimiento científico, fundamental y teleológico, de todo cuanto hay, por las primeras causas; así como a los últimos y más significativos problemas de la vida humana. Amor a la sabiduría como propedéutica de salvación. “*In amore sapere, et in sapientia amor*”. Amar conociendo y conocer amando. ¿O es que acaso no somos constitutivamente, por empañado que esté en nosotros el amor, un *ens amans*?. La verdad “luz, alimento” es comunicada después de ser poseída. Todo hombre está empeñado en la indagación de la verdad. Y cuando se la descubre amorosamente en el silencio de la meditación, se pega al alma y le infunde vida interior. No es bien mostrenco, sino asunto íntimo, descubrimiento histórico, con filiación personal. El hombre no inventa la verdad, se acerca a ella y la recoge con reverente humildad. Pero en este acercamiento, el ser humano rasga la corteza de las cosas para alumbrar su secreto íntimo. Desde la propia intimidad inagotable percibimos el llamado de una verdad infinita que nos trasciende y que funda la realidad de las verdades finitas. *Alere Flammam Veritatis*. Si la administración de la verdad está confiada a la libertad humana, es preciso alentar la flama de la verdad. Condenados como estamos a la muerte, debemos apresurarnos -con inquebrantable voluntad y sin descanso- a dar nuestro mensaje -grande o pequeño, pero siempre auténtico- antes de pasar a aquel estadio en donde tenemos la certeza -los creyentes- de que sobran los mensajes porque todo está a la vista, en su más pristina patencia. Pero todo develamiento, todo mensaje debe estar al servicio del amor que abraza, administra y excede a la verdad. La verdad nos hará libres. Pero a la hora de vísperas seremos juzgados por el amor. A la luz del amor y de la sabiduría, la filosofía reviste no tan sólo un alto valor teórico sino un noble y generoso valor edificante.

Notas bibliográficas

¹ Raúl Fonet Betancourt: *Filosofía intercultural*, pág. 10 Universidad Pontificia de México, A.C., México, 1944.

² Raúl Fonet Betancourt: *Ibidem*, pág. 13.

³ G.W.F. Hegel: *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, en: *Werke in zwanzig Bänden*, tomo 12, Frankfurt 1970, p. 114.

⁴ Raúl Fornet Betancourt: *Filosofía intercultural* pág. 21, Universidad Pontificia de México, A.C., México, 1944.

⁵ Raymundo Panikkar: *Sobre el Diálogo Intercultural*, pág. 108, Editorial San Esteban, Salamanca 1990.

⁶ Raymundo Panikkar: *Ibidem*, pág. 112.

⁷ Raymundo Panikkar: *Ibidem*, pág. 120.

⁸ Marshal McLuhan: *La Comprensión de los Medios como las Extensiones del Hombre*. pág. 437, 9ª Impresión, Editorial Diana, México, D.F., 1982

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE FILOSOFÍA DE LA SOCIEDAD

Dr. Ricardo Miguel Flores.
Centro de Estudios Humanísticos -UANL.
ITESM - Campus Monterrey.

1. Lo social como dimensión constitutiva de lo humano.

En los días que corren, muchas tesis sociales y políticas -no todas precisamente orientadoras- se difunden y contribuyen a formar o a deformar la atmósfera cultural de nuestros tiempos. La diseminación y multiplicación de diversos desórdenes sociales patentiza la imperiosa necesidad de establecer orientaciones precisas y bien definidas y que tal labor se ejecute sobre bases firmes.

Lo primero que procede efectuar es analizar la esencia de lo social, ver en qué radica específicamente la socialidad del ser humano. Precisar si lo social es *inherente* al hombre o, si se trata de un mero *sobreañadido* o accidente que le sobreviene en su devenir.

Pensamos -e intentaremos evidenciarlo- que el impulso que hace al hombre abrirse a sus congéneres le es constitutivo, le viene dado con los demás datos de su naturaleza. El ser del hombre transcurre en radical abertura a la alteridad, pero lo decisivo aquí habrá de ser la alteridad específicamente *personal*.

El carácter social de la existencia humana es primigenio, radical y esencial; estamos constitutivamente abiertos a lo social sin que este dato nos prive de autonomía personal, ni la mencionada apertura agote o exprese la totalidad del ser humano. Decir "sociedad" o "socialidad" alude a convivir o relacionarse con el prójimo, con el cual co-generamos "ámbitos" de convivencia y de relación recíproca.

La esencia del hombre no está constituida únicamente por la individualidad de la persona, aunque esta última constituye en sí misma un ámbito de responsabilidad e imputabilidad. La *sociabilidad* de la persona está fundada derivativamente en la *racionalidad*; con todo, cualquier concepción del hombre que omita la dimensión social debe ser tenida por incompleta, y en último análisis, por falsa.